



# Damas Oscuras

*Cuentos de fantasmas de escritoras victorianas*



Cuentos de fantasmas de escritoras victorianas eminentes.

Contiene los siguientes relatos:

*Napoleón y el espectro*, Charlotte Brontë (*Napoleon and the Spectre*, 1833). Traducción de Magdalena Palmer.

*La historia de la vieja niñera*, Elizabeth Gaskell (*The Old Nurse's Story*, 1852). Traducción de Magdalena Palmer.

*La última casa de la calle C-*, Dinah M. Mulock (*The Last House in C- Street*, 1856). Traducción de Consuelo Rubio.

*Junto al fuego*, Catherine Crowe (*Round the Fire*, 1859). Traducción de Alicia Frieyro.

*El abrazo frío*, Mary E. Braddon (*The Cold Embrace*, 1860). Traducción de Alicia Frieyro.

*No administrar antes de dormir*, Rosa Mulholland (*Not to Be Taken at Bed-Time*, 1852). Traducción de Alicia Frieyro.

*La historia de Salomé*, Amelia B. Edwards (*The Story of Salome*, 1873). Traducción de Alicia Frieyro.

*La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad*, Rhoda Broughton (*The Truth, the Whole Truth and Nothing but the Truth*, 1868). Traducción de Alicia Frieyro.

*¿Realidad o delirio?*, Mrs. Henry Wood (*Reality or delusion?*, 1868). Traducción de Alicia Frieyro.

*La aventura de Winthrop*, Vernon Lee (*Winthrop's Adventure*, 1881). Traducción de Consuelo Rubio.

*La vieja casa de Vauxhall Walk*, Charlotte Riddell (*The Old House in Vauxhall Walk*, 1882). Traducción de Magdalena Palmer.

*La puerta abierta*, Margaret Oliphant (*The Open Door*, 1882). Traducción de Consuelo Rubio.

*Cecilia de Noël*, Lanoe Falconer (*Cecilia de Noël*, 1891). Traducción de Olalla García.

*Las aguas torrenciales no pueden apagar el amor*, Louisa Baldwin (*Many Waters Cannot Quench Love*, 1895). Traducción de Sara Lekanda.

*La oración*, Violet Hunt (*The Prayer*, 1895). Traducción de Sara Lekanda.

*Fuerza desatada*, Mary Cholmondeley (*Let Loose*, 1896). Traducción de Sara Lekanda.

*Villa Lucienne*, Ella D'Arcy (*The Villa Lucienne*, 1896). Traducción de Sara Lekanda.

*El sitio de paso*, Gertrude Atherton (*The Striding Place*, 1900). Traducción de Sara Lekanda.

*El caso de la estación de Grover*, Willa Cather (*The Affair at Grover Station*, 1900). Traducción de Magdalena Palmer.

*El solar*, Mary E. Wilkins (*The Vacant Lot*, 1903). Traducción de Sara Lekanda.

## INTRODUCCIÓN

**C**onsiderado una de las épocas más esplendorosas de la historia de Inglaterra, se puede afirmar que el reinado de Victoria, durante el cual se escribieron estos cuentos, destaca por una gran riqueza sociocultural, cuyas peculiaridades lo convirtieron en un tiempo único.

Una de sus principales características consiste en lo que se podría denominar «la popularización de lo Oculto en la sociedad anglosajona». A lo largo del siglo XIX, los médiums, los intentos de comunicarse con diversos seres de ultratumba y demás creencias espiritistas ocuparon un lugar predominante en la cultura victoriana y, como no podía ser de otra manera, las historias de fantasmas cosecharon un gran éxito entre todo tipo de lectores.

Sin embargo, la época victoriana cuenta con otra peculiaridad, que se une inevitablemente a la primera: el surgimiento de una gran cantidad de eminentes escritoras, en femenino y en plural. Siguiendo la estela de Mary Shelley o Ann Radcliffe, numerosas mujeres tomaron la pluma, ya fuera bajo pseudónimo masculino o firmando con su nombre real, dando a luz apasionantes historias que acabaron hechizando a miles de lectores. Un hecho que se puede comprobar con facilidad a través del examen de las publicaciones literarias más relevantes de la época, como *Temple Bar*, *Argosy*, *Household Words* o *All the Year Round* (las dos últimas editadas por Dickens), que contaron en innumerables

ocasiones con la colaboración de muchas de estas autoras. Veinte de esos grandes nombres han sido seleccionados para formar parte de estas *Damas oscuras*, una antología de cuentos de terror que permite recorrer la evolución de literatura victoriana de fantasmas desde 1830 hasta 1900.

Quizá como forma de entretenimiento y de aliviar el frío, los relatos de fantasmas solían ser publicados en Navidad. Pero a su vez van mucho más allá del simple cuento navideño. Los fantasmas son apariciones que remiten a un pasado muy concreto: el pasado rural, aquel tiempo lejano en el que nadie cuestionaba que el Día de Todos los Santos los espectros cruzaban la frontera entre la vida y la muerte y se paseaban a sus anchas por nuestro mundo. Ese origen popular, tan despreciado por el raciocinio de los burgueses, vuelve para atormentarles en los cuentos de fantasmas, donde los sirvientes y las doncellas asumen con naturalidad la existencia de los espíritus, mientras que sus amos se muestran horrorizados ante dichas apariciones. Los aristócratas de Elizabeth Gaskell o el hombre de negocios de Margaret Oliphant son claros ejemplos de ello. Así, los fantasmas llegan desde el Más Allá para poner patas arriba la concepción de la realidad de los personajes, convirtiéndose sin quererlo en el símbolo de la rebelión ante un sistema de opresión y poniendo la verdad del lado de los campesinos, del pueblo. De ese modo, los privilegiados son tratados en estos textos desde la perspectiva del extranjero, del Otro.

Una perspectiva que, por supuesto, a las mujeres, y especialmente a las escritoras, no les resultaba en absoluto ajena. A pesar de escribir en momentos y contextos diferentes, todas estas autoras ofrecen un valiente testimonio de la vida de la mujer victoriana, como se aprecia en el relato de Rosa Mulholland, que nos narra la vida de una joven independiente que vive bajo el yugo de su padre.

En este sentido, no debe olvidarse que la mayoría de las escritoras que conforman este volumen de cuentos de fantasmas tenían ya cuando escribieron estos relatos una

reputación como novelistas (de hecho, varias de ellas, como Charlotte Riddell o Louisa Baldwin, publicaron sus relatos no en revistas, sino en antologías de los mejores cuentos de la época). En sus obras largas ya se aprecia cierto desafío hacia las estructuras del sistema que las aprisiona, pero es en los cuentos donde se permiten experimentar más y otorgarle a la mujer la justicia que reclama.

Pero, más allá de eso, sus relatos de fantasmas rompen con el mito del perfecto hombre victoriano. Figura de autoridad y símbolo de la razón, el hombre ve sacudidos los cimientos de su mundo cuando un fantasma aparece en su vida; de ahí que las autoras opten por protagonistas varones, pues, en una sociedad donde las mujeres sufrían de histeria y desmayos continuos, solo un hombre podía dar credibilidad a los fantasmas de los relatos. De ese modo, estas apariciones no solo trastocan la realidad patriarcal y burguesa del protagonista, sino que los hombres, otrora tan sensatos y fiables, se ven llevados a actitudes nerviosas, desesperadas..., propias de las mujeres. Igual que el Napoleón de Charlotte Brontë, los hombres aparecen *desnudos*, vulnerables, desprovistos de los ropajes sociales que conformaban sus privilegios. No importa demasiado descubrir el misterio que rodea al fantasma en cuestión, pues la clave del relato reside en cómo el protagonista reacciona ante la aparición, en cómo los hombres son arrancados de la esfera de la razón para ser devueltos a la humildad, al amor, al perdón... Todos esos atributos que siempre se impusieron a las mujeres.

Así, las escritoras convierten a los fantasmas en mecanismo de empoderamiento, restableciendo la justicia que tanto se hizo esperar. En la época victoriana, las damas oscuras fueron, sin ninguna duda, las reinas del Más Allá.

LOS EDITORES

# NAPOLEÓN Y EL ESPECTRO

CHARLOTTE BRONTË  
(1833)

## CHARLOTTE BRONTË

1816-1855

*Charlotte Brontë, nacida en Yorkshire en 1816, fue la tercera de seis hermanos. Sus dos hermanas mayores murieron de tuberculosis por las insalubres condiciones del colegio Clergy Daughters, en el que también vivían Charlotte y su hermana Emily. Después de aquello, su tía tomó a las niñas a su cargo. Los otros cuatro hermanos eran fervientes lectores de la Blackwood's Magazine y en su infancia escribieron sobre el mundo imaginario de Glass Town. Charlotte Brontë también escribía poemas y relatos fantásticos, muchos de los cuales no serían publicados hasta después de su muerte. Trabajó como institutriz y tenía el proyecto de fundar una escuela femenina. En 1842 entró en un colegio de Bruselas y se enamoró del propietario, un padre de familia, pero la muerte de su tía la obligó a volver a Inglaterra. En 1846 las tres hermanas publicaron un poemario conjunto, bajo los pseudónimos Currer, Ellis y Acton Bell, que fue un fracaso. Charlotte Brontë también publicó Jane Eyre como Currer Bell, pero esta vez consiguió un éxito absoluto. Sin embargo, las consecutivas muertes de sus hermanos Branwell, Emily y Anne la sumieron en una depresión. Entró en el círculo literario londinense y trabó amistad con Elizabeth Gaskell, su futura biógrafa. Se casó a los 38 años con Arthur Bell Nicholls, el cuarto hombre que le propuso matrimonio. Un año después murió de tuberculosis, estando embarazada.*



**P**ues bien, como iba diciendo, el emperador se acostó.

—Chevalier, cierra los postigos y corre esas cortinas antes de retirarte —le ordenó a su ayuda de cámara.

Chevalier hizo lo que se le pedía. Luego tomó el candelabro y abandonó la habitación.

Poco después al emperador le pareció que la almohada estaba algo dura y se incorporó para ahuecarla. Entonces oyó un crujido junto a la cabecera de la cama. Su majestad aguzó el oído, pero todo estaba en silencio, de modo que volvió a tumbarse.

Justo cuando acababa de encontrar una postura cómoda, le importunó una sed repentina. Apoyándose en el codo, cogió una copa de limonada de la mesilla de noche y bebió un prolongado sorbo. Al devolver la copa a su sitio, oyó un grave gemido que provenía del ropero que ocupaba una de las esquinas del aposento.

—¿Quién anda ahí? —gritó el emperador, empuñando sus pistolas—. ¡Hable ahora, o le volaré la tapa de los sesos!

Su amenaza solo consiguió que se escuchara una risa breve y cortante, seguida del más absoluto silencio.

El emperador salió pues de la cama, se puso a toda prisa una *robe-de-chambre* que había dejado sobre el respaldo de una silla y se dirigió valerosamente hacia el misterioso armario embrujado. Al abrir la puerta, escuchó un roce en el interior del mueble. Así que, espada en mano, miró dentro. Como no descubrió allí alma ni sustancia alguna, acabó por concluir que el ruido debía de haber sido causa-

do por un abrigo que se había resbalado del gancho de la puerta en el que estaba colgado.

Regresó al lecho levemente avergonzado.

Estaba ya a punto de volver a cerrar los ojos cuando la luz de tres velas que ardían en un candelabro de plata sobre la repisa de la chimenea se atenuó de pronto. El emperador levantó la vista y descubrió que una sombra negra y opaca se interponía entre él y el candelabro. Sudando de terror, alargó el brazo hacia el cordel de la campanilla, pero un ser invisible se lo arrebató, al mismo tiempo que la sombra amenazadora se desvanecía por completo.

—¡Bah! —exclamó Napoleón—. No ha sido más que una ilusión óptica.

—¿De veras? —le susurró misteriosamente al oído una voz grave y cavernosa—. ¿Ha sido solo una ilusión, emperador de Francia? ¡No! Todo lo que has visto y oído es la triste y profética realidad. ¡En pie, portador del águila imperial! ¡Despierta, señor del cetro de lis! ¡Sígueme, Napoleón, que todavía te queda mucho por ver!

En cuanto la voz dejó de oírse, una forma se materializó ante sus asombrados ojos. Era la figura de un hombre alto y delgado, ataviado con una levita azul con galones dorados. Llevaba un pañuelo negro muy ceñido al cuello, sujeto con dos pequeñas agujas detrás de cada una de sus orejas. Su tez estaba lívida, la lengua le asomaba entre los dientes, y los ojos, vidriosos y enrojecidos, sobresalían aterradora-mente de las cuencas.

—*Mon Dieu!* ¿Qué es lo que veo? ¿De dónde vienes, espectro? —preguntó el emperador.

La aparición no habló, pero levantó un dedo para indicarle al emperador que la siguiera.

Víctima de un misterioso influjo que le impedía pensar o actuar por voluntad propia, el emperador obedeció en silencio.

La sólida pared de la estancia se abrió a su paso y volvió a cerrarse con un ruido atronador tras él.

Se habrían encontrado sumidos en la más completa oscuridad de no haber sido por el tenue halo de luz que rodeaba al espectro, que reveló los muros húmedos de un largo pasadizo abovedado que recorrieron juntos con silenciosa celeridad. Poco después, una brisa fresca que ascendía hacia el techo y obligó al emperador a ceñirse el camión al cuerpo anunció que se acercaban al exterior.

Al salir del pasadizo, Napoleón se descubrió en una de las principales calles de París.

—Venerable espíritu —dijo el emperador, tiritando a causa del gélido aire nocturno—, permite que regrese para abrigarme un poco. Volveré enseguida a tu lado.

—¡Sigue adelante! —repuso su acompañante con severidad.

Pese a la creciente indignación que le embargaba, el emperador no tuvo más remedio que obedecer.

Acompañado por el espectro, recorrió las calles desiertas hasta llegar a una mansión que se alzaba a orillas del Sena. Una vez allí, su guía se detuvo, y cuando las puertas se abrieron para recibirlos, entraron en un amplio vestíbulo de mármol que ocultaba parcialmente una cortina, por cuyos pliegues transparentes penetraba una intensa luz que ardía con un brillo cegador. Una hilera de figuras femeninas fastuosamente vestidas y tocadas con guirnaldas de las flores más hermosas, aunque con los rostros ocultos por unas espantosas máscaras de calavera, se alineaba ante el cortinaje.

—¿Qué significa toda esta mascarada? —gritó el emperador, esforzándose por librarse de los grilletes mentales que lo retenían en contra de su voluntad—. ¿Se puede saber dónde me hallo? ¿Por qué se me ha traído aquí?

—¡Silencio! —ordenó el guía, sacando todavía más la lengua negra y ensangrentada—. Si quieres librarte de una pronta muerte, guarda silencio.

El emperador, imbuido de un coraje innato que superaba al temor transitorio que lo había sometido inicialmente,

estaba a punto de responder cuando empezó a oírse una música extravagante y sobrenatural que procedía de detrás del cortinaje, que se hinchó y ondeó como si un tumulto interno o una batalla de vendavales estuviera teniendo lugar al otro lado. Acto seguido, una mezcla abrumadora de hedor a putrefacción, combinado con los más suntuosos aromas orientales, inundó el salón embrujado.

En ese momento el emperador alcanzó a oír un murmullo de voces distantes, y de pronto alguien le sujetó el brazo por detrás.

Napoleón se volvió apresuradamente para encontrarse con el semblante familiar de María Luisa.

—¿Qué ocurre? ¿Has venido tú también a este lugar infernal? ¿Qué te ha traído hasta aquí?

—¿Me permite su majestad que le haga la misma pregunta? ¿Qué le ha traído hasta aquí? —repuso la emperatriz, sonriendo.

Napoleón no respondió, mudo de asombro.

Ningún cortinaje se interponía ahora entre el emperador y la luz. Este se había esfumado como por arte de magia, y un espléndido candelabro de cristal colgaba ahora por encima de su cabeza. Una multitud de damas, elegantemente vestidas pero sin las máscaras de calavera, ocupaban la sala acompañadas por la proporción adecuada de desenfadados caballeros. Seguía sonando la música, pero era evidente que provenía de una banda de intérpretes mortales reunidos en una orquesta cercana. Todavía se percibía cierto aroma a incienso, pero en absoluto contaminado por hedor alguno.

—*Mon Dieu!* —exclamó el emperador—. ¿Qué sucede aquí? ¿Dónde diablos está Piche<sup>[1]</sup>?

—¿Piche? ¿A qué se refiere su majestad? ¿No será mejor que abandone este lugar y se retire a descansar?

—¿Abandonar este lugar? ¿Por qué? ¿Dónde estoy?

—En mi salón privado, rodeado por varios cortesanos a los que he invitado a un baile esta noche. Ha entrado usted

hace unos instantes, en camisón, con la mirada perdida y los ojos como platos. En vista de su desconcierto, supongo que ha llegado hasta aquí caminando dormido.

De inmediato, el emperador se sumió en un estado de catalepsia que se prolongó durante toda la noche y gran parte del día siguiente.

# LA HISTORIA DE LA VIEJA NIÑERA

ELIZABETH GASKELL  
(1852)

## ELIZABETH GASKELL

1810-1865

*Elizabeth Gaskell nació en Londres en 1810. Fue una de las más prolíficas escritoras de la época Victoriana, autora de siete novelas y varias colecciones de cuentos, género en el que, a menudo, cultivó el relato de corte sobrenatural. Reconocida hoy en día por ser la autora de algunas de las obras que más fielmente plasman la vida cotidiana de las clases sociales del siglo XIX en Inglaterra, en las que retrataba tanto a los más pobres como a los más ricos, en vida fue fundamentalmente conocida por ser la biógrafa de su gran amiga Charlotte Brontë, cuyo padre le pidió expresamente a Gaskell que llevara a cabo dicho encargo. Su primera novela, Mary Barton (1848), fue publicada de forma anónima y obtuvo un gran éxito entre el público debido a la crudeza y emoción con la que recreaba la penosa existencia de las clases trabajadoras, llegando a ser comparada con su también amigo Charles Dickens. Otras de sus obras más conocidas son Cranford (1853), Norte y Sur (1855) e Hijas y esposas (1865). Frente a estas novelas de carácter social, sus cuentos de fantasmas, enmarcados dentro la tradición gótica anglosajona, aun resultando muy realistas, destacaron en su producción literaria por alejarse del empirismo, y fueron muy apreciados por sus lectores. Murió en Hampshire en 1865.*